

*Suicide-holics*

Era otra vez verano.

¡Odio el maldito verano!

No soporto el calor, la humedad, la maldita cara rojiza de las personas. El sol quemando cada centímetro causando una sensación asfixiante.

Me desespera.

Odio tener que dormir sin ropa todos los días y despertar en un baño de sudor pegajoso que me hace sentir asco.

A pesar de todo, el clima es tolerable en comparación a lo que venía después de las 7 am cada día... ¡Maldito desayuno familiar!

Vivo con 7 personas que bien pueden hacerse pasar por los ayudantes del demonio en el infierno, pero son tan molestos que posiblemente ni el mismo infierno los quiera de su lado.

Mis padres son la clásica pareja que lleva juntos toda la maldita vida sin separarse un maldito día, excepto cuando mi padre viaja fuera dos veces al año, pero nunca más de dos días. Era absurdo verles juntos.

Mi hermano mayor era un lío, pero por ser el primogénito mis padres eran totalmente permisivos. Es el estereotipo del chico malo. Cabello mohicano, ropa oscura, snikers, perforaciones y tatuajes que obviamente escondía a mis padres. Tenía una novia que parecía -y olía- como una zorra. Tenía una peor antes, otra igual de zorra solo que con menos cerebro. Viene todos los malditos días y prácticamente vive aquí.

Después de él llegó mi hermana 'perfecta', o al menos así la miran mis padres.

Se casó a los 18 años con el hijo del mejor amigo de papá. El esposo perfecto para ella. Un recién graduado ingeniero que tenía asegurado el trabajo en la empresa de su papá. Tuvieron a su primer hijo a los dos años de casados. Cuando el maldito viaja ella viene con el mocoso insoportable y se queda por días enteros.

Y mi maldita abuela.

La vieja se la pasa quejándose de todo -lo único que tenemos en común-, mientras mira todo el día un canal de noticias a todo volumen en su silla de ruedas.

Le encanta hacerse la víctima. Puede caminar perfectamente y sigue utilizando la silla de ruedas para tener preferencias.

En fin, era lunes y todos estaban en casa listos para desayunar juntos, mientras yo pedía intensamente que las fuerzas divinas se apiadaran y hubiera un terremoto que abriera la tierra justo debajo del comedor y se tragara a todos dejando un silencio pacífico para el mundo, entonces mi súplica fue interrumpida por el grito de mi madre.

- ¡A desayunar! -

Tomé la almohada y ahogué un grito de desesperanza y frustración.

La voz de mi madre era chillona y aguda como cuando la maestra de historia rasgaba el pizarrón con sus largas uñas.

Escuché las risas de mi hermano y su novia al bajar la escalera, así que pensé en todas las posibilidades de un accidente para ellos. Tal vez caer por los 24 escalones seguidos hasta rodar por el descanso y golpearse contra la pared.

Me di cuenta que estaba perdiendo el tiempo.

Miré el reloj de mi celular y sabía que me quedaba el tiempo justo para tomar un baño y largarme.

La primera sonrisa fugaz del día, y había cierta esperanza de que mi plan funcionará hoy.

Después de bañarme con agua completamente fría, me vestí y tomé mis cosas para ir a la escuela.

Bajé las escaleras y salí sin hacer ruido, aunque no había mucha necesidad. Las escaleras están muy lejanas al comedor, pero no podía huir del chófer de mi papá. Un maldito soplón que le informa las cosas que hace toda la familia -en especial yo- a mi padre.

Salí lo más rápido posible y caminé hasta la entrada del fraccionamiento con *17 crimes* de fondo en mis audífonos a todo volumen mientras pensaba en lo mucho que odiaba todo. Vivir en mi núcleo familiar, en la inmensa casa dentro de un fraccionamiento de clase alta con gente nefasta que cree ser la mejor por vivir estúpidamente despilfarrando dinero en un BMW que no conducen ellos.

Sin darme cuenta la canción terminó y yo había llegado a la parada del autobús.

El autobús me tranquilizaba un poco. De hecho, los transportes públicos me calman a un punto de meditación. Es como mi terapia.

Llegué al colegio un poco más temprano de lo habitual así que me quedé afuera del salón fumando un cigarro mientras esperaba la hora de entrada cuando escuché una voz.

– ¿Puedes apagar tu cigarro por favor? -.

Aunque ya no tenía la música reproduciendo me quedé con los audífonos puestos, así que aun cuando había escuchado perfectamente me quite uno e hice un gesto de sorpresa y confusión, como si no me hubiera dado cuenta de nada.

Ella me miró con un gesto nada amable.

– ¿Puedes apagar tu cigarro por favor? -

Le respondí con un ‘ajá’ y volví a ponerme el audífono mientras seguía fumando.

De reojo vi su cara de molestia porque de alguna manera la ignoré, mientras llegaban más alumnos del mismo salón al que acudíamos.

De nuevo escuché su voz, sólo que esta vez fue gracias a que ella se acercó y quitó con violencia el audífono izquierdo. – ¡Te dije que apagaras tu cigarro! ¡Me molesta el humo! -

-De hecho, me preguntaste que sí lo podía apagar, no me dijiste que lo hiciera, y de poder puedo hacerlo, pero no quiero. Sí no te gusta el humo ¿Por qué no entras al salón? - respondí con voz calmada mientras la miraba directamente.

Escuché unas risitas burlonas mientras volvía a poner el audífono en su lugar y daba otra calada al cigarro sin quitarle la mirada a la chica. Fue gracioso ver como su amigo la tomó del brazo para meterla en el salón. La mayoría de los que nos vieron entraron junto con ellos.

Cinco minutos después estaba dando la última calada cuando vi la mano de Rob quitar la colilla de mi boca para prender su cigarro con la poca nicotina prendida.

Rob era el único ser humano que me conocía perfectamente y por quien no me sentía juzgada en absoluto. Su aspecto lo hacía ver muy atractivo, aunque según él jamás era su intención.

Siempre que lo miraba sentía una especie de hipnosis por su apariencia. Alto, atlético, cabello desarreglada, masculino, tenía el brazo derecho completamente tatuado, vaqueros pegados y botas.

Después de tanto tiempo compartiendo mi -asquerosa- vida con esa persona lo sentía como nuevo. Me cautiva la presencia que impone y lo mucho que expresa sin decirme una sola palabra.

- ¿Por qué tu fascinación por los mentolados? -preguntó.

-Porque son frescos en esta estación, ¿A ti porque te gusta quitarme el cigarro? - respondí sonriendo. Sabía exactamente la respuesta.

Rob no necesito decir nada, sólo terminamos de fumar -yo antes que él- y entramos.

La chica estaba sentada casi en la entrada con sus amigos, nos miramos fijamente, ella con odio y desprecio y yo con neutralidad – O eso creo-. No sentí desprecio hacia ella, me daba lo mismo su actitud aun sabiendo porque me odiaba.